

Cuadro 17
Promedio de hijos nacidos vivos según años de unión
IMSS, 1981

Años de unión	Promedio de hijos
0 - 4	1.3
5 - 9	3.2
10 - 14	4.8
15 - 19	6.4
20 - 24	7.7
25 - 29	8.6
30 y más	8.9

Esta variable, con todo lo imperfecta que pueda ser, toma en cuenta el hecho de que las uniones pueden interrumpirse por separación, divorcio, abandono o muerte, por lo cual procuramos restar los períodos de interrupción al matrimonio al tiempo efectivo transcurrido entre el momento de la entrevista y el momento en que la mujer se casó o unió la primera vez. Hicimos esto con el fin de tener un indicador que nos mostrase la duración real del matrimonio, así como el riesgo de exposición al coito¹⁴. Queremos agregar que, en lo subsecuente, el análisis sobre el efecto relativo de las variables sociofamiliares sobre la fecundidad será controlado siempre por esta variable, ya que estamos convencidos que -por su naturaleza- es la que mejor permite hacer las comparaciones.

¹⁴ Sabemos que el coito y la reproducción pueden darse fuera del matrimonio. Sin embargo, tomando en cuenta de que nuestra muestra está compuesta por mujeres casada o unidas, y considerando los factores de tradición sociocultural, creemos poco probable que la fecundidad extramarital modifique nuestros datos.

3.2.2. Algunos valores relacionados con la reproducción.

3.2.2.1. Valor de los hijos y demanda de hijos.

La relación entre demanda de hijos y fecundidad ha tratado de ser explicada desde hace por lo menos dos siglos, y se han dado interpretaciones radicalmente diferentes unas de las otras. Malthus (1980)(1798), por ejemplo, desarrolló una teoría economicista en la que tomaba en cuenta la disponibilidad de bienes de subsistencia y el tamaño de la renta. Darwin, en cambio, concebía esta relación basado en su teoría sobre la evolución y la selección natural. A partir de entonces se han planteado otras teorías que, desde diversas perspectivas, tratan de abordar esta cuestión.

Una de éstas es la de Van Den Berghe (1983), quien retoma el discurso evolucionista para intentar explicar la fecundidad humana. Los argumentos biologicistas de este autor encuentran un serio obstáculo en la realidad de los países en desarrollo, los cuales regulan notablemente su fecundidad, a pesar de contar con las condiciones materiales para tener una fuerte procreación; para explicar tal situación, recurre a argumentos más sociológicos que biológicos, pero insiste siempre en que detrás de toda conducta social se encuentra la tendencia hacia la adaptación biológica.

Otro intento por explicar el fenómeno que nos ocupa lo realiza Becker (1987), quien desarrolla una teoría economicista, en la que toma en cuenta la renta como factor explicativo, pero en la cual, además de la relación coste-beneficio que representan los hijos para las parejas, incorpora otros factores de análisis económico relativos a las expectativas de calidad de los mismos.

Mientras que la teoría de Van Den Berghe postula que detrás de la conducta reproductiva humana hay un elemento biológico no consciente, que se mezcla con otros factores sociales, la interpretación de Becker implica un comportamiento en exceso racional, en tanto considera a los hijos como un bien de consumo, en el que los padres (consumidores) tienen que evaluar el coste relativo de su inversión en función del rendimiento obtenido. Ambas teorías, aunque interesantes, nos parecen

insuficientes y parciales para proporcionar una explicación satisfactoria sobre el comportamiento reproductivo.

Estamos convencidos que el concepto de "valor de los hijos" en relación con la demanda de hijos no puede ser analizada únicamente desde la dimensión económica. Obviamente que los factores económicos han intervenido a lo largo de la historia como elementos contribuyentes en la dinámica de la población; sin embargo sabemos que el comportamiento humano no es siempre completamente racional¹ ni totalmente biológico. Es posible, no cabe la menor duda, que la demanda de hijos pueda en parte estar determinada por la contribución de éstos como mano de obra para la producción (sobre todo en medios agrícolas), o por su participación en el sostenimiento de los padres cuando éstos llegan a la vejez. Pero existen otros aspectos, menos evidentes quizás, que derivan de las normas, las actitudes, las creencias y los valores sociales. En suma, podemos decir que los aspectos socioculturales característicos de una población o de un grupo son tan importantes -sino es que más- que los puramente económicos, y se vinculan con éstos para explicar las modificaciones en la conducta sexual y reproductiva.

En términos generales, en México, como en la mayoría de los países, la fecundidad en medios rurales es más elevada que la urbana, y esta situación no constituye un fenómeno reciente². Con frecuencia se asume que ello deriva fundamentalmente de factores económicos, pues en medios agrícolas el coste de cada hijo es generalmente menor (pues resulta más barato criarlo), y su rendimiento como mano de obra es mayor, ya que en las ciudades la participación económica de los hijos es más limitada que en el campo. Se aduce que cuando las condiciones del

¹ El concepto de racionalidad reproductiva es bastante complejo y ha sido abordado desde diversos ángulos. Se considera con frecuencia que los pobres son "menos racionales" que los individuos de otros estratos menos desfavorecidos. Esta manera de ver las cosas fue planteada por Malthus (1980)(1798) en la primera edición de su "ensayo", y ha sido un argumento esgrimido también por teorías eugenistas y neomalthusianas.

² Según Hertlihy, en 1427 en la ciudad de Florencia, el tamaño medio de la familia era 20% menor que en la campiña circundante. Livi-Bacci, asegura que en 1901 el número de nacimientos por 1000 mujeres en edad fértil era 45% mayor en los pequeños pueblos de Italia que en los grandes. En 1800, de acuerdo con Jaffe, en Estados Unidos, la tasa de reproducción en áreas rurales era 1.5 veces mayor que en las urbanas (Becker, 1987).

campo se modifican substancialmente (por ejemplo cuando el desarrollo económico impacta la productividad agrícola y mecaniza las labores), las familias rurales cambian entonces su demanda de cantidad de hijos por la de calidad de hijos, reduciendo de esta manera la fecundidad (Becker, 1987). Si bien no podemos negar que tales hipótesis son plausibles, creemos que tales circunstancias se entremezclan con los factores culturales, como pueden ser por ejemplo el machismo de los varones, el "marianismo" de las mujeres, los valores religiosos, las actitudes frente a la sexualidad, etc. Resulta que tenemos entonces un conjunto de valores socialmente compartidos que influyen de manera importante en la demanda de hijos por una parte, así como otros que determinan las normas sociales sobre el tamaño medio de las familias.

Existen esfuerzos valiosos, realizados para tratar de comprender la complejidad del fenómeno cultural en nuestro país, en su relación con la reproducción humana. Quizás el trabajo más destacado en esta línea sea el de Leñero (1979) quien parte de un análisis histórico y presenta un perfil sociocultural, dividiendo a la población en categorías tipológicas, cada una de las cuales se caracteriza por una normatividad y una concepción valoral distinta frente a la reproducción. En el caso de lo que él llama la "subcultura tradicional rural" (típica de los medios rurales mestizados), afirma que se caracterizan por un control social basado en el "que dirán" y por una cultura de tipo providencialista basada en la costumbre, en el dogma, en la identificación local y regional, así como en una concepción estática de la vida. En esta subcultura, difícilmente se puede introducir una práctica no tradicional -como lo es la anticoncepción. Esta puede poner en peligro muchos valores relacionados con el equilibrio de la vida tradicional y la dependencia femenina. Sin embargo, cada vez más las culturas rurales están recibiendo el impacto modernizante de las ciudades, propiciando que las formas tradicionales de concebir la vida, la familia, el sexo, la posición femenina, etc. se vuelvan relativamente ambiguas.

En este orden de ideas, podemos afirmar que los mismos factores económicos están influenciados por los culturales. Así por ejemplo, no resulta tan importante el que los hijos constituyan *realmente* una fuente de riqueza o bienestar para los padres, como la percepción o creencia

que éstos tengan respecto al papel que jugarán sus hijos en este sentido. Naturalmente que en este contexto también influye la concepción de lo "femenino", y más específicamente la idea que las mujeres y los hombres se hacen acerca de la función sociofamiliar femenina; volveremos sobre este último aspecto más adelante.

Ahora bien, la amplitud del tema del valor del hijo nos obliga a seleccionar tan sólo algunos indicadores que nos permitan explorar esta cuestión. En nuestra cédula de entrevista incluimos 5 indicadores al respecto: uno que hacía alusión al machismo en relación con la fecundidad elevada; otro se refería al marianismo; uno más ligaba la elevada fecundidad al cuidado de los viejos; otro hacía alusión a los hijos como fuente de ingresos, y finalmente un último ítem relacionaba la felicidad de la familia con la elevada fecundidad.

Cuadro 19

Respuestas afirmativas (acuerdo) con respecto a diversas proposiciones referentes al "valor de los hijos"

Proposición	% de acuerdo
Un hombre que tiene muchos hijos es más hombre que uno que tiene pocos.	27.1
Una mujer que tiene muchos hijos vale más que una que tiene pocos.	32.2
Un matrimonio que tiene muchos hijos estará mejor protegido durante su vejez que uno que tiene pocos.	54.6
Una familia que tiene muchos hijos puede ganar más dinero que una que tiene pocos.	57.5
Una familia con muchos hijos es más feliz que una familia con pocos hijos.	38.6

Es evidente que aún prevalecen valores tradicionales en cuanto al papel de los hijos. Aunque no la mayoría, vemos como poco más de la cuarta parte de las entrevistadas creen que la hombría está relacionada con el

número de hijos (¿qué pensarán los maridos? sería interesante averiguarlo). En cuanto a la valoración de la mujer, la tercera parte cree que valen más las mujeres fecundas que las que no lo son. Pero aún más importante es la proporción de señoras que vinculan la alta fecundidad con la seguridad económica: el 54.6% opina que los matrimonios más fecundos estarán mejor protegidos durante la vejez que los menos fecundos, y el 57.5% considera que las familias con más hijos pueden ganar más dinero que las que no tienen muchos. Finalmente, vemos que el concepto de felicidad de la familia está vinculado con la cantidad de hijos para una buena parte de estas mujeres (38.6%).

Ahora lo importante es determinar hasta qué punto estos valores pueden influenciar realmente el comportamiento reproductivo de las personas. Para ello hemos calculado el promedio de hijos nacidos vivos por mujer, según sus respuestas a estas proposiciones³, por categorías de duración de la unión.

Cuadro 20

Promedio de hijos nacidos vivos según la opinión frente a la proposición: «un hombre que tiene muchos hijos es más hombre que uno que tiene pocos»

Opinión	Duración de la unión (años)			Prom. Total	N
	hasta 10	11 a 20	21 y +		
De acuerdo	1.9	4.6	8.2	6.7	283
En desacuerdo	2.0	4.2	7.5	4.8	710

Así, descubrimos que para el conjunto de las entrevistadas, la diferencia en el número de hijos es de casi dos por mujer, según que estén o no de acuerdo con que la hombría depende de la fecundidad elevada. Sin

³ En los cinco cuadros que relacionan estas variables, hemos desechado los casos de mujeres que respondieron "indiferente". Esto lo hicimos porque el número total de casos era muy reducido, y porque la respuesta como tal no nos ilustra en el sentido de los conceptos que estamos considerando.

embargo, al controlar la relación por duración de la unión, notamos que estas diferencias se reducen. No obstante, exceptuando a las mujeres cuya unión ha durado poco, vemos que la fecundidad es ligeramente superior entre quienes creen que un gran número de hijos hace que los hombres sean más hombres. El hecho de que el diferencial en el número de hijos haya disminuido al dividir a la población en grupos de duración del matrimonio, se debe principalmente a que la opinión en cuestión está relacionada también con la edad de las mujeres (71% de las que tienen cuarenta años o más estuvieron de acuerdo con esta proposición, comparativamente con el 43% de las que tienen menos de 30 años). Esto nos sugiere un cambio generacional con respecto a estos valores. Pero este cambio generacional, a su vez, está estrechamente vinculado con otro factor importante: la escolaridad de la mujer; esto puede ser constatado en el cuadro siguiente, en donde se observa claramente que el porcentaje de mujeres que respondieron favorablemente a esta cuestión disminuye a medida que aumenta el nivel de instrucción femenino: 53.9% de las menos instruidas estuvieron de acuerdo con este punto de vista tradicional, contra apenas 6.1% de quienes tienen al menos un grado de instrucción postprimaria.

Cuadro 21

Respuestas a la proposición: «un hombre con muchos hijos es más hombre que uno que tiene pocos», según nivel de escolaridad de la entrevistada (%)

Escolaridad	Acuerdo	Indiferente	Desacuerdo
Sin instrucción	53.9	6.1	40.0
1 a 3 años primaria	40.2	5.3	54.4
4 a 6 años primaria	16.0	5.7	78.3
Secundaria y más	6.1	0.0	93.9

En lo que toca al concepto del valor de la mujer, los datos que obtuvimos

son aún más contrastantes. Para el conjunto de mujeres, el diferencial en el número medio de hijos es de 2.2 según que estén o no de acuerdo con la proposición que les planteamos (cuadro 22).

Cuadro 22

Promedio de hijos nacidos vivos según la opinión frente a la proposición: «una mujer que tiene muchos hijos vale más que una que tiene pocos»

Opinión	Duración de la unión (años)			Prom. total	N
	hasta 10	11 a 20	21 y +		
De acuerdo	2.1	4.8	8.3	6.8	337
En desacuerdo	2.0	4.1	7.4	4.6	667

En nuestra muestra, las que consideran que las mujeres más fecundas valen más que las que no lo son tanto, tienen 6.8 hijos en promedio, contra 4.6 de las que no piensan así. La diferencia en el número de hijos persiste cuando evaluamos esta cuestión dividiendo a las mujeres por categorías de duración de la unión. Al igual que en el cuadro anterior, en estas circunstancias el impacto no es tan evidente, pues esta opinión se encuentra también asociada con la edad de las mujeres (69% de las de mayor edad y 42% de las menores de 30 años estuvieron de acuerdo con la proposición presentada) así como con el nivel de instrucción⁴. En este último caso, la proporción de mujeres sin instrucción que se inclinan por este valor tradicional es de 58.3%, mientras que entre aquellas que han cursado al menos un año de secundaria, el porcentaje es de sólo 7.1%

⁴ Debemos señalar que edad y escolaridad son dos variables estrechamente asociadas, por lo que existe un efecto de colinearidad.